



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La ciencia de la felicidad

Exposición del Mensajero del Eterno

LA Palabra divina es sencilla y comprensible, pero sin tergiversaciones. El apóstol Juan nos dice en su primera epístola: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos."

Cuando hemos llegado a amar a nuestros hermanos y hermanas, hemos dado un inmenso paso en nuestro corazón. Esto requiere entrar francamente en los caminos divinos y procurar no salir de ellos. Esta es la prueba de fe que se presenta a todos aquellos que quieren correr en la liza como hijos de Dios. El que hace verdaderamente lo necesario, se da inmediatamente cuenta de que las palabras del apóstol Juan son verdaderas.

Sabemos que en el transcurso del llamado celestial el Señor ha buscado a un pequeño rebaño de entre todos los pueblos de la tierra. Los que forman esta manada pequeña reciben la vida por medio de la justificación por la fe. Así la reciben para ofrecerla al prójimo. Por lo tanto, son en primer lugar justificados por la fe, para que puedan presentarse en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.

Al final del período consagrado al alto llamado, empieza a manifestarse la restauración de todas las cosas. Los que hacen un pacto en la ley deben transformarse de su situación de moribundos a la situación de seres humanos viables, y que heredan la vida eterna en la tierra. Naturalmente, todo esto representa un gran combate contra los antiguos hábitos, los cuales son egoístas.

Lo que nos ayuda mucho para realizar las cosas nuevas y abandonar las viejas, son las magníficas luces que el Señor nos ha dado por medio de la verdad presente. El ha puesto delante de nuestros ojos la ley universal, con todo lo que trae consigo como demostraciones poderosas y gloriosas, de cuyos efectos podemos darnos cuenta. Cuando nos ejercitamos en mantenernos en la circulación de ley universal, nos damos muy pronto cuenta de que el espíritu de esta maravillosa ley es un verdadero animador de vida y de fuerza.

En resumen, ¿qué es lo que ha hecho sufrir tanto a los seres humanos? Es la ansiedad material y espiritual. Pero los que aman a su prójimo con todo su corazón, ven que este problema se resuelve automáticamente. Pues el que le tiene amor a su prójimo no siente ya ansiedad alguna, porque entonces puede recibir la fe, la cual lo pone en una maravillosa situación. En efecto, la fe es una influencia admirable que permite trasladar montes, como lo declaran las Escrituras.

Naturalmente, sólo hay dos caminos divergentes delante de los seres humanos: uno que

produce preocupaciones y penas, que es el camino del egoísmo; el otro, luego, que permite realizar la paz del corazón y la protección divina, que es el camino del altruismo. La influencia del espíritu egoísta es desastrosa, mientras que la influencia del espíritu del amor divino es benéfica al máximo. Por tanto, sus polos se separan uno del otro.

Lo vemos, el organismo humano es magnífico; es la mentalidad del hombre que actualmente es terriblemente defectuosa. ¡Cuánta mezquindad, bajezas, falsedad e hipocresía en el corazón de los seres humanos! Por eso, con sus sentimientos, parecen a menudo muy inferiores a las bestias y se encenagan muy bajo en la inmoralidad.

Como lo podemos comprobar, tan pronto como empezamos a amar a nuestro prójimo, todo cambia en nosotros. Pero es indispensable realizar la fe, como ya lo he dicho. Pues quien pretende amar a su prójimo debe también saber partir con él, y todo lo que desea para sí, debe concedérselo con toda su alma, no en teoría, sino en la práctica. Es de esta manera como podemos dar verdaderamente la prueba de que nuestro amor es verdadero y que no es un amor de pacotilla.

¿Qué podemos desearle a nuestro prójimo? Podemos desearle en primer lugar que le penetre la luz del Reino de Dios, porque con él todos los asuntos quedan resueltos, tanto los asuntos sociales con todo lo que abarcan, como todas las preguntas que muchos se hacen sobre las cosas vitales.

Se trata, pues, de ocuparnos del Reino de Dios y de su justicia, dejando que el Señor se ocupe de lo demás, en cuanto a lo que respecta a nosotros. Es lo que hicieron los discípulos del Maestro. Nuestro querido Salvador se acercó a Mateo, que era un empleado de los tributos públicos. Le dijo: "Sígueme". Y Mateo se levantó, dejó su aduana y dio el paso para seguir al Señor.

En cuanto a mí, cuando me di bien cuenta de lo que eran los caminos divinos, dejé también mi aparato fotográfico, y procuré con toda mi alma hacer pasar en primer lugar el Reino de Dios. En lo sucesivo ya no fotografié más, a menos que fuera para el Reino, para ilustrarlo y hacerlo plausible a la humanidad.

En efecto, todo lo que tenemos y todo lo que somos debemos incorporarlo en el Reino de Dios. Es sólo así como podremos llegar verdaderamente a amar al Eterno sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Se comprende muy bien que todo lo que el mundo pueda ofrecernos conduce finalmente al sepulcro; no puede ser más claro. La

verdad nos lo muestra de sobras. En efecto, el mundo está hecho de cosas y de sentimientos egoístas que le destruyen; por eso no es viable en sí mismo ni en su esencia.

En ciertas circunstancias, el egoísmo aparece de un modo tan sutil y hábilmente disfrazado que podría pasar por virtud. Hay egoísmos groseros y egoísmos aristocráticos. El que es un egoísta grosero mata directamente a su prójimo, sin miramientos. El otro egoísta lo mata de un modo disfrazado, o bien se contenta con pincharlo para sacarle un poco de sangre; pero de todos modos, en todas las esferas sociales, no deja de ser egoísmo.

Y podemos decir sin equivocarnos que el Estado que es el egoísta más grande y más jactancioso. Pues se hace pasar por altruista e incluso lo llaman Estado-providencia. Pero todos los que están bajo su dirección descienden un día u otro a la tumba, tendidos seis pies bajo tierra. Por lo tanto, el Estado no puede salvarlos ni hacerles realmente bien.

Si no hubiera la salvación ofrecida en Jesucristo, todo se acabaría para la humanidad. Afortunadamente, hay la salvación. Esta fue caramente pagada por nuestro querido Salvador en la cruz. Está a nuestro alcance, y, si lo queremos, podemos aprovecharnos de ella. Por tanto, vale la pena aprender a amar para obtener la vida eterna en Jesucristo, nuestro querido Salvador.

Yo lo he apreciado profundamente en mi corazón. Por eso, me he estado ejercitando mucho para que solamente queden en mí cosas amables. No quiero decir con esto que ya haya eliminado completamente de mí todo lo que sea desagradable, pero me aplico en hacer limpieza y no quiero parar hasta que lo haya conseguido totalmente.

Por eso, me felicito de entrar en contacto con enemigos, porque así tengo ocasiones de descubrir lo que todavía existe en el fondo de mi corazón. Deseo mejorarme cada día y cobrarles cada vez más interés a los seres humanos. Pues para mí todos son de mucho precio, porque nuestro querido Salvador dio su vida para cada uno de ellos.

Adán no pudo dar una existencia duradera a sus descendientes. No podemos mantenernos con la pobre vida moribunda que él nos ha legado. Pero en cambio, Cristo puede y quiere darnos una verdadera vida. La recibimos en primer lugar por la fe en él, y además por el trabajo del alma del pequeño rebaño y la obra del tabernáculo de Dios entre los hombres.

Es así como el Reino de Dios se introduce en la tierra. Respecto a mí, cuando pienso en estas cosas, una maravillosa alegría ilumina mi cora-

zón y esto me procura un bien inefable. Me río dentro de mí, y nadie puede suscitarme tristeza.

En efecto, cuando conocemos la verdad, sabemos que nunca perdemos en seguir los caminos divinos. Incluso si alguno muere, sabemos que volverá en la resurrección, y que tendrá entonces mucha más facilidad que si hubiera seguido viviendo algo más en la tierra con las condiciones actuales.

No es siempre una ventaja hacerse viejo. En efecto, cuantos más años se tienen, más se han acumulado pensamientos y acciones egoístas, por falta del conocimiento de las cosas verdaderas. Y después, para dejarlas, lo vemos como una insuperable montaña.

Es indispensable, pues, que pongamos inmediatamente manos a la obra. Cuanto más ardor pongamos en ello, más pronto nos transformaremos. Y cada progreso que hagamos en el altruismo representa un bienestar y una bendición. Lo que nos procura la viabilidad, y que nos da valor, es una mentalidad altruista. No serán nuestros conocimientos intelectuales, nuestra ciencia, nuestro renombre, nuestra prestancia o cualquier otra cosa que podrán darnos la vida.

Como reza el proverbio: "El hábito no hace al monje", es sólo el carácter que cuenta. Es el corazón que hay que transformar en la buena dirección, para que nos volvamos sensibles, y, por consiguiente, capaces de recibir las impresiones de la gracia divina. Estas se manifiestan como un poder que nos cubre, una fuerza que nos alimenta y nos vivifica.

Se trata, pues, de desarrollar el amor divino. Cuando tenemos un enemigo delante de nosotros, debemos decirnos que tal vez mañana pueda ser nuestro amigo, o nuestro hijo si somos un miembro del real sacerdocio.

Este es el razonamiento que yo me hago ya desde hace mucho tiempo. Esto me ha ayudado mucho a hacer desaparecer de mi corazón todo sentimiento de amargura. Para esto, naturalmente, es preciso ver más allá de nuestras narices. Es necesario considerar las cosas veraces y duraderas que tendrán lugar en el Reino de Dios.

Es necesario tener a la vista el programa divino, con toda su sencillez y su limpidez. Tenemos también que dar un testimonio a la verdad. Para esto es menester que vivamos los principios del Reino de Dios, que nosotros mismos seamos "uno para todos, y todos para uno", prácticamente y no sólo por escrito.

Lo que queremos predicar a los demás, es menester que lo hagamos primeramente nosotros mismos, si no, nuestro testimonio no tiene valor alguno. Viene a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. No debe ser así. Como lo declaran las Escrituras, debemos amar a nuestro prójimo. El Señor dice que en esto podemos reconocer que somos sus discípulos, si tenemos amor los unos con los otros.

En cuanto a mí, habiéndome probado a mí mismo, me daba cuenta de que no amaba a muchas personas. Entonces empecé a ejercitarme en este sentido y a esforzarme lo más que podía. Entonces mis esfuerzos quedaron magníficamente coronados por el éxito.

Si tomamos seriamente a pecho realizar verdaderamente la misión del real sacerdocio, esto nos ayudará en gran manera, porque es la realización práctica, en toda su belleza, de este maravilloso principio: Uno para todos, y todos para uno. Es lo que mucho me ha ayudado a mí mismo.

De esta manera me iba desarrollando en la fe. El plan divino se me revelaba cada vez más claramente. Yo obraba según mi comprensión y mis experiencias me han comunicado una convicción basada no solamente en la fe, sino en hechos vividos.

Yo he contado con el Señor y me ha dado su respuesta, he esperado en él y me ha dado la bendición; he buscado la verdad y me la ha dejado encontrar. Mas es siempre con ciertas condiciones como podemos progresar en los caminos divinos.

Hay cosas que son un impedimento para la comprensión, y otras que nos ayudan magníficamente. Lo que impide el discernimiento divino es el espíritu del mundo, el egoísmo y todo lo que se relaciona con él. Es, pues, absolutamente necesario deshacernos de él.

La verdad es maravillosa. Nos muestra que para poder decir que hemos sido sacados de las tinieblas y guiados a la poderosa luz de la gracia divina, es preciso que amemos a los hermanos. Pues aunque conozcamos los principios de la verdad, no por eso estamos en la verdad y en la luz. Esto requiere realizar el amor divino.

Ahora bien, hay hermanos que son muy amables y otros que lo son menos. Incluso los hay que, en ciertos momentos, pueden ser muy desagradables. Cuando se viene a ellos con algo que les agrada, esto va muy bien, son muy amables; pero cuando algo les desagradaba, contestan a veces de un modo muy poco alentador. Es precisamente en ese momento que podemos examinarlos, saber cuáles son nuestros sentimientos, y ejercitarnos en el amor de los hermanos que todo lo cree, todo lo espera y que no sospecha el mal.

En efecto, cuando todo va bien, y que no hay contrariedades, no aprendemos gran cosa. Naturalmente, esta es también una maravillosa ocasión de desarrollar la gratitud y el apego. Por otra parte, cuando intervienen situaciones que son desagradables, podemos igualmente ser muy agradecidos, pues son ocasiones que nos permiten transformarnos. Por lo tanto es bueno que seamos probados. Y si aprendemos dócilmente las lecciones a medida que vienen, finalmente podremos soportar con mucha facilidad todas las contrariedades y las dificultades del camino.

Entonces nos sentiremos completamente inmunizados, por el hecho de que nos habremos habituado a reconocer los caminos divinos y a vivirlos. Recordemos este profundo pensamiento de las Escrituras: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos."

Para esto conviene habituarnos a contar entera y voluntariamente con la voluntad divina. Si tenemos un deseo, y que el Señor nos lo concede, estamos profundamente agradecidos y felices. Si no nos lo concede, también estamos contentos y nos sentimos llenos de gratitud, porque sabemos que, tal como el Señor dirige las cosas, es bueno para nosotros y que todo concurre para bien de los que aman a Dios.

Por lo tanto, en los dos casos permanecemos en la gratitud y el apego. Esta situación comporta una vida de fe, de confianza en el Señor y de completa dependencia. Esta es la educación que debemos realizar para obtener la victoria sobre nosotros mismos.

Lo esencial es que estemos decididos a corregirnos, que nos humillemos, que sintamos nuestras faltas y que recobremos el ánimo para seguir adelante. Así no permaneceremos los mismos, no estaremos estancados, adelanta-

remos al paso de la luz y haremos magníficos progresos.

Podemos estar bien seguros de que si nos esforzamos en realizar el programa divino, el Señor nos estimulará, nos consolará, nos sostendrá y nos bendecirá abundantemente. El nos dice: "Probadme en esto, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde."

Es necesario tener el valor de probar al Eterno, echando completamente nuestra carga sobre El para vivir su programa, andando honestamente por fe. Es sólo y únicamente de esta manera como podremos hacer las experiencias útiles para nuestro completo fortalecimiento en los caminos del Eterno.

Para esto conviene sujetar el viejo hombre. No debe uno forjarse ilusiones, darse importancia, hablar siempre de sí, de sus méritos, de su trabajo y de sus obras personales. Es elemental ser un amable hijo de Dios, que no teme quedarse en la sombra y que es feliz de dejar brillar a sus hermanos y hermanas.

Esta es una actitud que le agrada al Eterno y que nos permite ser un verdadero colaborador, noble y desinteresado, con el cual el Señor puede hacer grandes cosas. La escuela de Cristo, para adquirir esta mentalidad, es absolutamente necesaria.

¡Cuánto nos regocijamos de que el Reino se introduzca y cuál debe ser nuestro ardiente deseo de apresurar el Día de Dios por la santidad de la conducta y la piedad! ¡Qué alegría para mí pensar en el Ejército del Eterno! Y puedo decir que tendré verdaderos transportes de alegría cuando vea a uno de sus miembros que haya pasado el Jordán en seco y habiendo podido heredar la vida eterna. ¡Qué regocijo entonces y qué inefable felicidad sentir que es vencida la muerte!

Tenemos, pues, delante de nosotros perspectivas entusiasmadoras. Es de esto que conviene alimentarnos, y no de todas las pequeñas menudencias o bagatelas que puedan presentársenos durante el día.

Es necesario que veamos más lejos, que tengamos el Reino de Dios a la vista y que le subordinemos todo. Es así como iremos de progreso en progreso y de victoria en victoria. Es así como podremos realizar prácticamente que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos.



Preguntas para el cambio

– del carácter –

1. ¿Hemos podido conservar el gozo en la prueba, desarrollar más fe en la dificultad, dispensar alegría y consuelo?
2. ¿Hemos tenido victorias sobre el espíritu de ansiedad, sobre el egoísmo y regocijarnos con las victorias de nuestros hermanos?
3. ¿Nos han permitido nuestros esfuerzos dominar el orgullo, aprender las lecciones de fe y de amor desinteresado?
4. ¿Nos hemos hecho más accesibles al espíritu de Dios, realizado las pruebas de renunciamiento, de humildad y de gratitud?
5. ¿Hemos sido siempre un estímulo, un soplo de humildad, vivido nuestro admirable ministerio, obtenido la aprobación divina?
6. ¿Hemos aceptado las acusaciones sin defendernos, devuelto bien por mal, sido honrados, enérgicos y alentado a otros?